

PRÓLOGO.

Cuando el frío del escepticismo va dejando paralizada la savia del entusiasmo en el corazón de la juventud, cuando el materialismo invadiendo todas las inteligencias, amenaza destruir cuanto de noble y elevado concibe el pensamiento humano, deber imperioso para todos los que comprenden que el destino del hombre en su peregrinación sobre la tierra le lleva á los altos fines que el Hacedor del mundo se propuso al crearle, es contribuir con sus escritos á levantar el abatido espíritu de la multitud, y á sostener el fuego sagrado del sentimiento y de la fé.

Nada importa que al acometer tan digna empresa, se obtenga las mas de las veces por recompensa, ó la fría indiferencia, ó la sonrisa desdeñosa de la impotente ignorancia. La semilla del bien cae al fin sobre el campo de la inteligencia, y llega un día en que al riego del dolor ó al bendito rocío de la creencia, brota lozana entre las ruinas de un corazón, que parecia muerto, la hermosa flor de la esperanza, iluminada por la fé y embellecida por la caridad.

Por eso y como el escritor que aspira á contribuir á esta obra de regeneración social, disculpa su atrevimiento con la importancia del objeto á que se encamina, el autor del presente libro se atreve á es-

perar indulgencia del público, cuando acomete la difícil empresa de presentar á la generacion que vive, y á las que han de sucederle, ejemplos que levanten su espíritu á las regiones del bien, de la virtud, de la ciencia, del arte, del heroísmo, de cuanto grande y elevado concibe el pensamiento ó conmueve el corazón, encontrados en la vida de mugeres privilegiadas, dignas por sus altos merecimientos de la admiracion y de la gratitud de la humanidad.

Sin haber logrado desprenderse por completo la mayor parte de los historiadores de las rancias preocupaciones que acerca de la muger han dominado en casi todas las épocas históricas, apenas han consignado en las páginas de sus obras el recuerdo de las mugeres que por sus acciones ó virtudes se hicieron merecedoras de justa celebridad.

Y es que todavía, y á pesar de la gran revolucion que en el destino de la mujer produjo el civilizador cristianismo, la compañera del hombre no ha llegado á la plenitud de su incontrastable importancia en la sociedad; y es necesario que la muger aprenda en la historia de otras mugeres cuan alto es su fin y su destino para que pueda realizarlos.

La muger tiene menos virtud que el hombre, dijo Platon. La muger no tiene mas que un alma de órden secundario, escribió Aristóteles; es perversa por naturaleza; sus inclinaciones deben estar constantemente reprimidas, ó de otro modo, se inclinarán á todos lados como las ramas de los árboles. Pericles recomienda á las mugeres que lloren á sus maridos, para que al menos no añadan la ingratitud á todos los defectos de su naturaleza. Eurípides las increpó desde la escena diciéndolas que la innata perversidad de su alma ha derramado el duelo de la patria, y que de desear seria que la naturaleza descubriese un medio para perpetuar el género humano sin recurrir á la union del hombre con la muger. Thucídides por último, llevando al mas alto grado su desprecio, dijo que de la muger no debe hablarse ni bien ni mal.

De este modo, los filósofos y los poetas de la antigüedad, dieron forma á la idea que constantemente tenia el hombre acerca del destino

de la muger, y desgraciadamente las modernas sociedades que caminan en su descreimiento á la misma desventura que el mundo pagano, repite iguales ó peores juicios, calumniando con injusto desprecio á las que nos dieron la existencia.

La hermosa mitad del género humano sufrió en silencio el inmotivado desden del hombre, y esperaba resignada en lo porvenir.

La hora suprema sonó por ventura. Del seno de una muger, virgen y pura, nació el Redentor de la humanidad, el gran libertador de todo linaje de esclavitud, el que abriendo las puertas del cielo á todos los hombres, hizo de la raza humana, una raza de hermanos.

La muger al escuchar la voz del Redentor, comprendió tambien su redención en este mundo, y ejerciendo la gran mision del consuelo que le está providencialmente encomendado, siguió al Salvador en sus predicaciones, derramó bálsamo en sus piés, acudió arrepentida á beber la verdad de sus labios, le siguió angustiada y llorosa en el Calvario, limpió el sudor de la fatiga humana en su rostro divino, y ungiendo su cuerpo con perfumes, oró silenciosa sobre su sepulcro, esperó creyente, y le adoró en el día de su gloriosa resurreccion.

El cristianismo habló el lenguaje de la muger *por su doctrina de resignacion, que es la victoria de la debilidad, y por su tranquilo misticismo, que es la religion del sentimiento.*

La palabra divina fué para el corazón de la muger, brutalmente ultrajado desde la infancia de las sociedades, la gota de rocío que la fresca alborada de una mañana de verano deja caer en el abrasado caliz de una azucena.

La muger, violada en la infancia de las sociedades, robada después, esclava mas tarde, fecundada en asquerosa poligamia, relegada al serrallo, sierva del esposo, manumitida por el dote, asociada sin embargo á los servidores de la casa, libertada de su esclavitud doméstica para lanzarla en la plaza pública á la esclavitud del vicio, halló en el cristianismo la verdadera resurreccion de su alma, la verdadera manumision de su ignorancia, se halló en fin espiritualizada, apta para la iniciacion de la belleza, que es el arte, para la iniciacion del pen-

samiento que es la ciencia, para la iniciación del bien, que es la virtud.

De la cima del Gólgota se alzó para la mujer la aurora de su perdida felicidad.

Y cuando el hombre Dios la elevó á tanta altura, cuando desde el árbol santo de la cruz dió á la humanidad entera por madre espiritual á una mujer, á la madre misma del Redentor, ¡todavía el hombre de la moderna sociedad la increpa y vitupera como los poetas y los filósofos del paganismo!

¡Todavía desprecia por limitada su inteligencia, sin comprender en su delirio, que él solo es el culpable de la ignorancia de la mujer como el único reo de sus debilidades!

Nuestra sociedad, lo mismo que la sociedad de nuestros abuelos, dá á la mujer una educación mezquina ó insuficiente. Estos, enseñándola solo á ser la criada de distinción del marido: nosotros, adornándola con una instrucción pasajera y superficial, mas para satisfacer la pueril vanidad de nuestro orgullo, que para cimentar la felicidad futura y porvenir de las familias; sin tener la mayor parte de las veces en cuenta para el matrimonio otra cosa, que la belleza física, ó lo que es mas comun por desgracia, la importancia del dote de la escogida.

¡Funesto error!

No es el cuerpo, no son tampoco los bienes de fortuna lo que constituye la verdadera union del matrimonio, firme cimiento de las sociedades.

Su misterioso vínculo, existe solo en el alma. Con ella y por ella se ama. Es un cambio perpétuo de simpatía y de pensamiento, que ilumina y conserva el fuego sagrado del amor conyugal encendido en el altar cristiano. El alma del marido, debe reflejar en el alma de la mujer, y el espíritu de la mujer debe devolverle sus reflejos, entibiados dulcemente al transmitirlos por el fanal de su ternura.

Cuando el hombre no encuentra en el retiro de su hogar mas que la expansión del deseo, ó á lo sumo las del corazón, y tiene que guardar, por no ser comprendido, las expansiones del pensamiento; cuando se vé obligado á encerrar en sí mismo todo lo que siente de superior, de

elevado, de grande, entonces vive al lado de su esposa, enlazado por el matrimonio, divorciado por la inteligencia.

Por eso es necesario para conservar la dulce intimidad del matrimonio dar á las jóvenes una enseñanza que las ponga en estrecha union con su marido, que establezca entre uno y otra, al mismo tiempo que el consorcio del cuerpo y del corazón, el seguro consorcio del espíritu.

Y cuando mas tarde, desarrollado el gérmen de la vida, ofrezca tierno asilo á una nueva inteligencia, la mujer que es la primera maestra de sus hijos, podrá realizar tan alto fin; y participando por la influencia de su amor, por la influencia de su educación, en los destinos de su familia primero, de su patria despues, influirá tambien desde su modesto retiro en el destino de la humanidad.

La enseñanza y la creencia deben descender sobre la frente de los hijos como un santo rocío envuelto en los besos de las madres, para que su dulce sensación permanezca siempre indeleble como un sello divino.

La instrucción de la mujer contribuye al perfeccionamiento de la esposa, como al complemento de la madre. Cada nueva idea que adquiere, es una sólida garantía para su virtud. Mejor que importunos, y con harta frecuencia peligrosos guardianes de su honra, debe la mujer llevar defensores incorruptibles en su razón y en su conciencia, en su instrucción y en sus creencias religiosas; y de este modo, pronta siempre á la defensa, puede caminar segura entre el revuelto torbellino del mundo sin temor á los lazos de la perfidia, ni á las seducciones de la sensualidad.

Es necesario dotar á la mujer de un alma rica de todo lo que es verdadero, de todo lo bello, de todo lo grande, de todo lo santo; es necesario que adquiriera, conociéndose, la conciencia de su valor, que en último caso vendrá á convertirse en inespugnable baluarte de su virtud.

De este modo la mujer podrá vivir dichosa, realizando su doble ideal. Belleza y espíritu: belleza para amar y ser amada, espíritu para